



...Porque allí están las viejas calles espaciosas, allí los balcones, allá la noche, la inmensa noche de Treinta y Tres. Estrellas, tocos somnolientos, lejanos ladridos, silencio y silencio... (Foto De Grandi).

TENIA que ser noche serena. Tenia que haber luna. Tenia que estar de buen humor el comisario. Eran tres condiciones "si no, cuando" —como decía un canarito de cuyo nombre quisiera pero no debo acordarme... La verdad es que eran tres condiciones importantísimas; tan importantes, que si no se cumplían no teníamos más remedio que... "serenatear" con viento, noche y comisario en contra. Comisario; con el personal subalterno no había problemas. Más de una vez algún milico franco anduvo entreverado en la fiesta. Es que de fiestas

como aquéllas podría engullirse Treinta y Tres. Difícilmente se va a engullir; pero realmente podría.

Por los simples, por lo irresponsables y pobretos, las serenatas eran hijas legítimas del pueblo viejo. Hijas chiquititas, de cuyo andar por las calles y las noches ni

él se daba cuenta. Y tan inocentes, que "el policía" más corsario no se hubiese atrevido a tocarlas con un dedo por falta de un permiso, quejas de algún viejo desvelado o celoso, o minucias por el estilo. Hubiese sido un abuso de autoridad.

Y eran lindas, no hay nada que hacerle! Lindas desde afuera y desde adentro. Lindas para los serenalejos; pero "lindas y otro poco" para los serenateados. Con las excepciones del caso, como todo. Que iban desde el gustador de la llamada "música buena", al hepático propiamente dicho; pasando por el caso de viejo (o vieja) ya referido. Felizmente, ni uno ni otro (ni otra) abundaba mucho en Treinta y Tres por esa época.

Ahora, eso sí: hay que distinguir estas serenatas románticas, que junto a otros tantos recuerdos como ellas, le evocan a uno el pueblo pasado, de otra cosa que también se llamaba serenata, pero que no era serenata. Y no era precisamente, por faltarle lo principal de lo que se entendía entonces por serenata. Es decir, la vocación; el "amor al arte" o amor a lo que fuera, pero amor. Eso le faltaba y era como faltarle el corazón. Pues en lugar del corazón llevaba un bolsillo. Grande, el bolsillo; en él cabían plata, botellas y algún otro bulto. Eso no era serenata. Empezó siendo una pechada con música, muy mal disimulada, y terminó en negocio redondo. Más de una "barra de patos" se sintió con derecho a financiarse sus fiestas en el monte con el producto de las salidas. Daba lástima oírlos. Lástima el canto, la música y sobre todo la dedicatoria, cosa ésta tan bien estudiada en una serenata de verdad. En aquello no; lo único que interesaba era mostrar el interés. Descaradamente. A tal punto, que los versos del ofrecimiento no conocían otra rima que no fuese con "ella" de botella, "eso" de peso o "aña" de caña. Ya era una vergüenza, y la policía tuvo que intervenir en serio. Pagaron las ingenuas, las auténticas serenatas. Se las empezó a reglamentar tan severamente, que sucumbieron. Rindieron así, ellas también, su tributo al profesionalismo. Cayeron en su ley, como tantas inocentadas del pueblo simplón y campechano, entre las telarañas de la ciudad moderna.

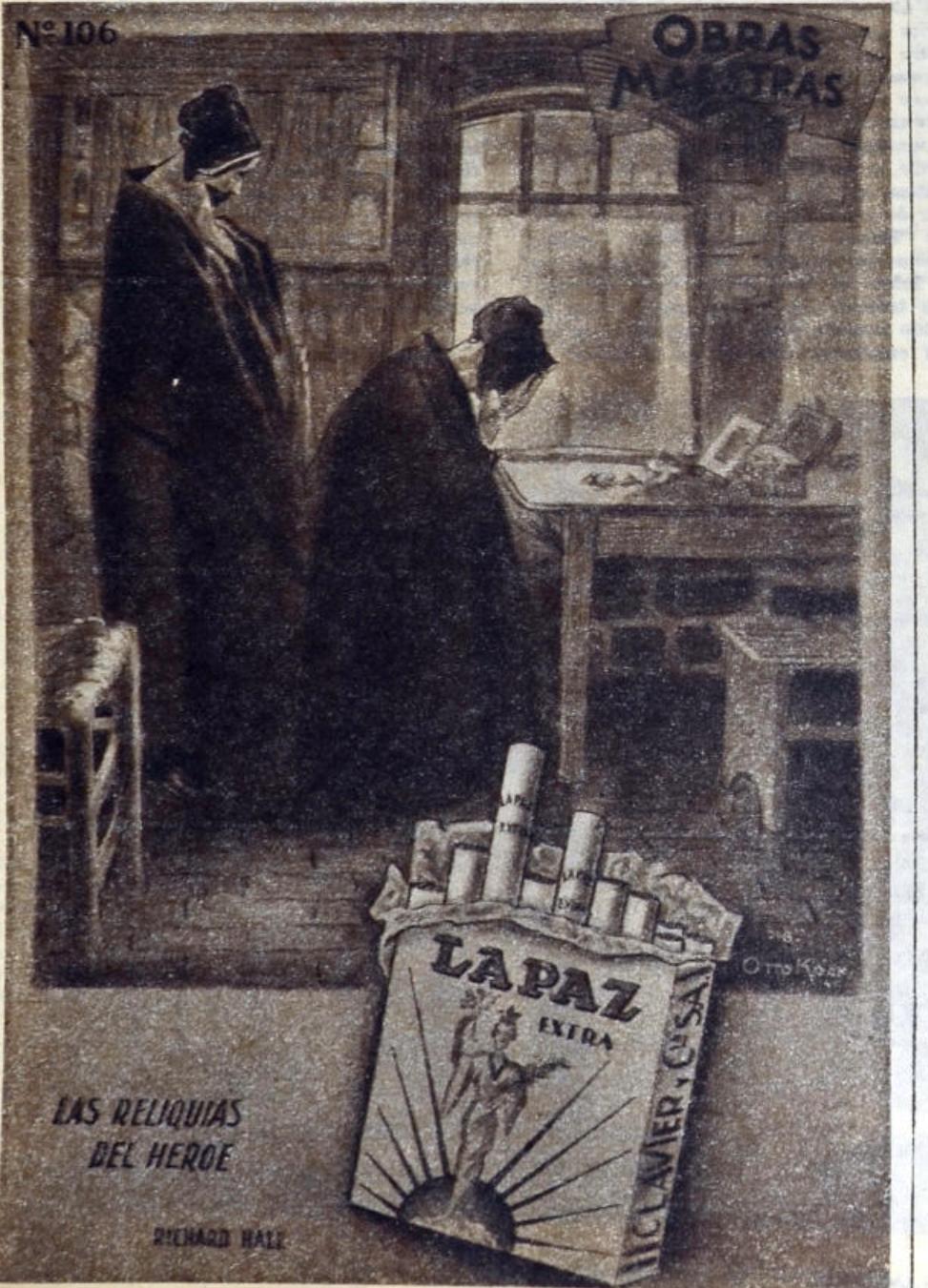
¿Quién iba a pensar en plata o en otras materialidades, entre aquellos cultores de las serenatas de verdad, cuya vanguardia integraron con Antenor Álvarez, Mauro Guasque, Pedro Martínez Saravia, Odemar Larrosa, Omar Justo Caetano, Luis B. Hernández, Juan Serna y tantos otros?! ¿Quién, si casi nadie pasaba de los diecisiete años, y andábamos todos enamorados?! ¿Quién iba a buscar botellas para rimar dedicatorias, si tras las ventanas del recorrido estaban ellas y allá arriba las estrellas?; ¿quién se iba a acordar de peso, si sobraban pesos y besos?; ¿quién de caña con necesi-

su mamá... Salíamos, sencillamente, porque teníamos ganas de cantar. ¿Cantar?... Bueno, lo fuese; pero para nosotros, cantar. Decíamos alta voz y en la alta noche, al compás de un descompás de uno o varios instrumentos que no podíamos decir de uno ni de otro ni en otras circunstancias. ¿Por qué no? Volvímos a lo de la descom-

otros lados donde no debían ni podían quebráramos el gacho y peleáramos los hombres a los pantalones; por no humo que tragásemos y postes variados que gastáramos, era inútil. La edad no daba tanta en aquello que dejaban si devolvíamos el atavío y los estudiados modales. Los alejadas por día, y el alma vuelta nos andaba tricionando. Y no pue-
s, oportunidades, faltaba lugar, tiempo para decir lo que teníamos que decir y a quien queríamos decirlo. Ocasiones lo que tenía que ocurrir: que teníamos de hacer nosotros las oportunidades que si no se dicen a determinada hora no se dicen nunca más en la vida. Y la oportunidad más apropiada que la de la

RECUERDOS DE TREINTA Y TRES LAS SERENATAS

Nº 106



LAS RELIQUIAS
DEL HEROE

RICHARD HALL

cio universal? ¿Qué mejor lugar que juntado —pared por medio— de aquella quien iba dirigido el lírico mensaje? (Y si otro tiempo que el de la noche toda y las estrellas?)

No podíamos tener novia. Teníamos novio, como nosotros queríamos. Visitábamos martes, jueves y sábados de noche, y los mingos de tarde, como hacia todo el mundo. Ir al fútbol y al cine con ella delante, aunque fuera con la madre y el hermano siempre a la retaguardia. No se podía tener una cualquiera de las múltiples que estaban interesadas —que iban desde los padres de ella, hasta los tíos cuartos o quintos de algún rival aventajado en preferencia— veía en la retreta armarnos a la que las semanas veníamos "de ojo" distinguiendo y siendo por ella distinguidos, casi sin nuestras cabezas la condena de una inevitable persecución. Y allí empieza el lamentable juego del escondite, la "quiniela de la vuelta" en la plaza, la dispersión por las calles laterales, el esquivar finales. Había que ser muy ágil, para pretender a via. Agil y caradura. Y el que no lo era que se resignase al triste papel de "viudo", "huérfanito" o "solitario".

No nos resignábamos. Pero eso no hacía a nuestros fueros interiores. Ellos daban la conquista total y definitiva del amor a gritos y muchas veces preso y... con "maginaria" a la vista. Como eso era imposible y todo imposible se anuda y ahoga... los otros nos desahogábamos echando a los que aquello imposible por los espacios libres a las calles silenciosas y la noche honda.

Así nacieron las serenatas. Del amor prohibido por muy apurado. De un amor a razón impaciente. Un amor de truenos relámpagos; arremolinado, íntimo amigo la noche, la muerte y cosas por el estilo. Progenitor de versos disparadores como los guales campo afuera. Un amor más pequeño que el diablo en mangas de camisa.

Salíamos. Nunca faltaba una guitarra o violín o un bandoneón, para acompañar al medio acompañar. Elegíamos casas cercanas el sábado o alguna víspera de fiesta, para poder tomar cuenta de la madrugada. Punto de concentración era la casa de la que cada cualquiera del grupo. Entre once y doce la noche, estábamos todos reunidos y sentados. No siempre estábamos todos los que salímos. Pero nunca bajábamos de la media de seis. Cada cual con su tango, vals o milonga preferidos. Y cada tango, vals o milonga como hecho a la medida de cada cualidad. Excepciones asombrosas de letra y música lo que nos andaba pasando. Tanto que uno cantaba —o hacía cantar cuando le sobraba garganta o le sobraba emoción—

Hasta en esta elección estaba presente la ciudad. Cuanto más tierno el cantor, más triste era la letra. Tajos, ambulancias, hospitales y tumbas a granel, andaban dos por dos alternando con "ojos de azabache", "lágrimas de coral" y "dientes de perlas". Porque la represión de aquellos amores con tanto esfuerzo, provocaba la reacción del pretendiente contra la pretendida. Ya fuese porque ésta se considera demasiado a las prohibiciones de padres, hermanos o tutores, o porque sencillamente prefiriera un camino más corto al matrimonio, del que generalmente podía ofrecerle el cantor berbilampiño, casi siempre estudiante; siempre (sin casi), "peleado". Y naturalmente, como en cientos de tangos, nunca faltaba el "manante", el "bacha" o el "platudo", "candidato político al casorio", que, salvo excepciones, quería decir con más años y responsabilidad, que el pobre rascacristas de la ventana. Y había que ver a estos angelitos desplazados, seguramente en un "mano a mano"... con la guitarra o salir abriendo cañcha "de puro gusto"... por entre sus compañeros de jornada, o clamar a gritos "matala, matala"..., hasta dejar a la pobre guitarra con las tristes de fuera...

El itinerario de una "serenata". Se hacia consultando a todos y cada uno de los integrantes del grupo. Se consideraba el destino de cada una de las "fulanas", luego se les ordenaba, y finalmente rumbeábamos hacia la comisaría en pos del permiso. Se nos atendía deferentemente; se nos acogía diferentemente.

—Mira que no es cuestión de confundir esto con serenata, eh!...

—Pueda cuidado!

—...ni con gallinas ajena, eh!...

—O'esperanza...

Qué ocurrió... "Gallinas"!... Si se han pollos...

Generalmente nos "calabean". Tal vez por nuestras caras se percibieran nuestros celos de enamorados en dificultades. Entonces se nos extendía el permiso sin más que el de algún consejito que nos toleráramos sumisamente, así al principio comisario como al sargento de puerta.

Otras veces se equivocaban. Emperaban tener por las gallinas del vecindario, y

—luego de tremendas "amonestaciones"— desengañándose el pasaporte. Salían con "buen pollo" de aquella injusta asociación con las gallinas. Lo cierto es que

creando el asunto desde abajo, uno se preveía cuantas veces semejante asociación

podía haber surgido en la mente policial, a propósito de alguno de tantos "abrojos" que

se "pegaban" en las salidas y que allí

siempre, lejos de pensar angelicamente en

novia —como era de ley— con la intención lleno de gallinas. Gallinas o gallos, que

todo supieron levantar después, los discursos de "serenateros". Patos, y hasta

—chanchas, llegaron a recoger!

Con el permiso en la mano, uno se sentía hecho un general. No había cosa más que "refregárselo por las narices" a algún miliciano nuevo (o viejo, a veces) de que anden a la casa de los gurises "adictos". En ocasiones, sólo por sacarle un gusto, nos poníamos a cantar frente a cualquier galpón, con tal que hubiésemos visto por allí merodeando a uno de estos

Además sin permiso, la cosa cambiaba. Conocíamos de estudios. Cuando esto no era posible, tratabámos de "conversarlos". Si era de buen resultado, macanudo; seguía "garría". Si el resultado era adverso, macanudo también; resolvíamos "acatar pero cumplir" la prohibición, y seguía la "garría". La verdad es que si la policía nunca tuvo orgullo por tener a tan angelicasuchachadas bajo su custodia, nosotros tampoco nos jactamos de no haberle dado a la ahora nos jactamos de no haberle dejado la cuerda de una guitarra. Es que queríamos admitir que inocentadas como aquéllas eran plantas para cultivar en el Treinta y Tres del tiempo donde y cuando ellas

eran el menor número debiera siempre ser un más reducido trayecto a recorrer, no faltó la ocasión de que se doblara, gracias a uno de esos amores "extraplanta urbana", que nos hizo caminar hasta cerca de la comisaría de Las Chacras o hasta allí atrás del cementerio. Parece mentira con qué buena voluntad hacíamos esas "macanadas". Parece mentira que ni las cañas se le exigieran por aquel servicio al baqueano de la ruta por entre semejantes andurriales. Y eso que volvíamos de por allí tapados de barro y abrojos; llenos de quejidos nosotros y los propios instrumentos. Menos mal cuando la serenata había sido para bien de aquellos amores "a la media legua"; media de ida y media de vuelta...

Lo común era que largásemos el primer canto por las inmediaciones del Matadero, y el último allá sobre el hospital; barrios Floresta, Yerbal, Plaza Colón, Las Ranas, Estación Artigas, Cuartel, Olano, Lavadero, La Paja, España, etc., mediante. Una vuelta "en redondo" como se decía entonces y se dice ahora. El centro de esa circunferencia, era el Centro. Muy pocas veces hicimos el "radio"; menos el "diámetro". Siempre "por la tangente"...

Aunque siempre había una voz de reserva para los casos de mayor protocolo, lo común —y lo lógico— era que cada uno cantara donde le correspondía, aun a riesgo de que no le "correspondieran"... Y aquí una denuncia: hubo quien cantó en nombre propio varias veces una misma noche. Que la "policía" que se haga eco de esta denuncia, se encargue de averiguar las direcciones donde al hombre "se le abría el pecho". Y que el juez o la jueza que lo juzgue, tenga presente en su descargo, que tanto por la pieza elegida, como por el tono o... el no sé qué de la voz, era fácil deducir que en una de aquellas direcciones, cantaba de verdad; es decir... con ganas de quedarse allí cantando toda la vida. Pero que cantó varias veces una misma noche y en nombre propio, cantó. Hay verdades que no se pueden esconder. ¿Qué sería entonces, de la pobre Humanidad?...

Lo triste, lo realmente triste, era haber "echado el resto" en el canto, el acompañamiento y la dedicatoria, y cuando se estaba esperando el agradecimiento atropellado de la destinataria, irrumpía una "masculinidad" voz en tono "maldormido mayor".

—¡Hagan el favor de no molestar a la gente!!

Y nada digamos, de cuando el vassarrón se hacia presente, apenas la música había hecho la introducción para que comenzara el canto. Era toda una afrenta para el cantor. Y qué afrenta, allí, donde él sabía que estaba la otra oyéndolo todo! Alguna vez hubo que gastar grandes esfuerzos para sujetar a uno de estos cantores ofendidos.

La dedicatoria tenía que ser en verso. Si a veces salía en prosa, era por el apuro. Pero hubo quien se lució sólo dedicando. Como hubo quien lo echó todo a perder, con una dedicatoria tartamudeada o rabona. Pues como la dedicatoria era lo último —siempre que no hubiese "toros"— una mala dedicatoria salpicaba la mejor interpretación; del mismo modo que una más o menos pulida, solía salvar un desastre interpretativo. Porque también había grandes desastres de este tipo, dicho sea en honor al fiel recuerdo.

Entre nosotros eran muy pocos los que rascaban una milonga. Porque el Curco reunió al final, empeñó a sacar algo en la guitarra. Y Cascote ni al principio ni al final consiguió salir de dos o tres acordes del tango "Cuartito Azul" y de la milonga "Silueta Porteña". Claro que con esos pocos acordes nosotros teníamos introducción y fondo para todo el repertorio, con sólo el ejecutante adaptarlo al tiempo de la pieza que se cantara. Todo esto, naturalmente, es parte del capítulo titulado "La tolerancia de un pueblo", que integrará la Historia Completa del Departamiento de Treinta y Tres.

Allí cada tanto nos reivindicábamos. Mejor dicho, nos reivindicaban. Nos reivindicaba el violín de un Beethoven Farrugia, el bandoneón de un Shwan, la flauta de un Assin, la guitarra de un brasileño Geromil, la garganta de un Benjamín Garateguy. Aunque éstos eran verdaderos milagros, hasta con que se repitieran de semestre en semestre, para que el prestigio que importaba una noche en su compañía, nos ayudara en las épocas de mayor crisis de valores artísticos.

Verdad sin vanagloria es que hubo amores que se alimentaron de nuestras serenatas. Tiempo, se alimentaron. Aunque... verdad sin falsa modestia es también, que los hubo que murieron de inanición por culpa de tal alimento. Y quedan vinculadas en estas dos sencillas afirmaciones, nada menos que la vida y la muerte con aque-



Sigilosamente, nos acercábamos al balcón; con menos confianza de la que traducen estas caras demasiado seguras, tal vez por la lux del toco. (Foto De Grandi).

llas pequeñas alegrías pueblerinas de un grupo de muchachos enamorados.

•

Pasó el tiempo. Decenios han pasado desde allí hasta aquí. Uno mira en derredor y le parece mentira estar tan y tan lejos de cosas tan cercanas. Porque allí están las viejas calles espaciosas, allí los balcones, allí la noche, la inmensa noche de Treinta y Tres. Estrellas, focos somnolientos, lejanos ladridos, silencio y silencio. Todo. Todo, hasta aquellas hijas legítimas del pueblo viejo que fueron las serenatas. Húmedas, como todo lo de entonces. Inocentes, como los diecisiete años. Melancólicas, como todo lo que fue en la vida, y ya no es más que un recuerdo en el corazón...

Julio C. DA ROSA.

(Especial para EL DIA)



Aquí sí, los rostros de la foto coinciden exactamente con los de entonces. Obsérvese como hasta el toco desapareció; como si todo estuviese pendiente ahora de la lux que se encendió en el balcón. (Foto De Grandi).